III

LA APARICIÓN

Deliciosos fueron los primeros días de nuestra estancia en aquella ignorada playa del mar Cantábrico. Aquella soledad agreste, arrullada por el monótono ruido de las ondas, mezclado á veces con los gritos de los pájaros marinos, y á veces con los acordes del piano...; aquello de contemplar la inmensidad del Océano viendo sobre ella deslizarse, ora una blanca vela, ora una negra columna de humo, desde un gabinete de una fonda, cuyos cimientos lamen las olas en la pleamar, cómodamente recostado en una mecedora, fumando cigarros y haciendo idilios, era de lo mejor que yo había soñado. Y luego, hallándose mi madre allí perfectamente, como el pez en el agua, completaba mi bienestar el verla á ella complacida y contenta.

Nos levantábamos á las seis, y si estaba la marea baja dábamos un paseo por la arena. Después que nos desayunábamos, mi

madre hacía sus devociones, más largas que de ordinario por lo mismo que no podía oir Misa, y yo leía un rato. Nos bañábamos entre las once y las doce en aquella hermosa playa, á donde concurrían, además de los ocho ó nueve bañistas que vivíamos en la fonda, otros diez ó doce que estaban alojados en el pueblo. Comíamos á la una, y después dormíamos la siesta. Por la tarde dábamos un paseo subiendo por la estrecha vereda hasta la casería, volviendo á bajar hasta el pueblo; y puestos allí en la carretera, nos íbamos unos días hacia el saliente hasta Trascumbres ó hasta la ermita del Cristo del Vado, y otros días hacia el Poniente hasta el *Bufón de San Justo*, que es una roca calcárea horadada verticalmente, por cuyo agujero, que se corresponde con el mar por una cueva, suele salir á veces, formando sonidos raros, el aire comprimido de abajo por las olas que se estrellan al pie de la peña, y á veces el agua misma del mar, formando pintoresco surtidor y regando el camino. Otros días nos dirigíamos desde La Blanca hacia alguno de los pueblecillos del interior, dejando la carretera y siguiendo alguna de las callejas que hay por entre las heredades cercadas de paredones cubiertos de zarzas, con unos racimos de moras que estaban diciendo: «comednos.»

En todos estos paseos, la coronelita, la propietaria, el juez en ciernes y yo, solíamos ir de vanguardia. Detrás de nosotros iban mi madre y la señora del coronel, que hablaba muy pausadamente y no andaba más á prisa que hablaba. Y más detrás todavía, formando la retaguardia, iban el coronel y el magistrado platicando de política, andando despacio y parándose á menudo, por lo cual los de la vanguardia, si no queríamos alejarnos demasiado, teníamos que suspender la marcha á cada instante. Todas las tardes nos reíamos mucho á costa del aspirante Juanito Martín, que era un pobre muchacho sin entendimiento. Hacía el amor á la de Rioseco muy tímidamente, y bien se explicaba su timidez, porque en cuanto se insinuaba un poco, la buena Rosa, que así se llamaba ella, con su franqueza campesina, le daba cada contestación que le dejaba frío; lo que nos hacía más gracia era que nunca la cogía desprevenida: siempre parecía que estaba en guardia. En cuanto él desprendía los labios, ya estaba ella saliéndole al encuentro con tanta discreción y oportunidad como si hubiera estado estudiando la contestación una semana.

También la mansa rubita, á pesar de su habitual dulzura, se divertía cruelmente con él y se las hacía pasar amargas, no

perdonándole exageración ni desacierto. Oyéndole una tarde sostener una cosa injusta y fuera de razón, le dijo muy seria:

—¿Y esa es la justicia que va usted á hacer cuando le coloquen?...

—¡Toma, hija, pues la que hacen todos! —dijo en seguida Rosa;—porque los jueces todos son mala gente.

—¡Ay, por Dios, Rosita!—dijo el aspirante:—no diga usted eso ni en broma delante de mí, que tengo que defender el honor de la carrera.

—¡Sí, bueno está el honor de la carrera! —replicó ella.—Unos montañeses que le suelen llevar á mi padre madera para cubas, decían que en su pueblo había un juez que se llamaba Wenceslao, y le llamaban *Véncese-á-un-lao*, porque siempre se alparceaba; y eso suelen hacer casi todos los jueces... Como que tienen por patrono á Pilatos, que hizo lo mismo. Aunque aquél siquiera se lavó las manos; que otros ni aun eso... Y bien reciente está el caso de otro juez que se convino con la criada de un señor que se murió, para fingir un testamento y partirse entre los dos la herencia quitándosela á la familia... Le digo á usted que el que más y el que menos...

—Habrá alguno malo—dijo el aspirante;—pero...

—Habrá alguno bueno—le interrumpió Rosa,—no digo que no haya alguno; pero...

—Hay buenos y malos, creo yo—dijo la formal coronelita;—pero usted, Martín, lo que tiene que hacer no es defender la clase á tontas y á locas, porque esas defensas de nada sirven ni á nadie convencen si se ve lo contrario, sino ser usted bueno cuando le llegue la ocasión, y, por su parte á lo menos, no dar motivo para que siga extendiéndose la mala fama...—

Volvíamos de paseo á eso de las ocho, que era la hora de cenar, y nos sentábamos á la mesa, donde, además de encontrar el reparo material de las fuerzas corporales, mermadas con la expedición, encontrábamos, igual que en el paseo, el esparcimiento del ánimo en conversación agradable.

Después oíamos un rato á Margarita, la hija del coronel, tocar el piano, que por cierto lo hacía como una profesora; y escuchábamos luego á la viuda del ingeniero, que no solía ir á paseo con nosotros porque casi no podía andar de gorda, referir las aventuras de su difunto marido en los Picos de Europa cazando rebecos y buscando minerales, y luego otro poco de música y otro poco de conversación, hasta que daba el reloj del salón las once, hora en que solíamos acostarnos.

Así pasaron los quince primeros días de

nuestra estancia en aquel rincón solitario, que á mí se me hicieron un soplo...

Cuando todo iba bien y nada parecía que pudiera venir á alterar aquella tranquilidad casi edénica, se apareció un día en la playa á la hora del baño, y con objeto, sin duda, de bañarse, una mujer como de unos veinticuatro á veintiséis años, vestida con elegante sencillez y extraordinariamente hermosa.

No acertaría de seguro á pintártela con exactitud aun cuando me lo propusiera; y no ciertamente por falta de claridad y precisión en el recuerdo, pues tengo tan presente su imagen que me parece que la estoy viendo; sino por falta de expresión adecuada. Para que te puedas formar idea de ella, te diré que era alta... y es porque aún vive ¡ay! para tortura de mi espíritu... te diré que es alta, delgada, esbelta, flexible como una mimbre, de finas y esculturales facciones, morena, un poco descolorida, así, de ese moreno ceniciento de las gitanas, y con unos ojos negros capaces de ablandar y aun de derretir, no ya un corazón de poeta como el de éste tu pobre amigo, sino un pedrusco de esos del antiguo empedrado de Madrid, que son sílice puro.

Llevaba consigo una doncella vieja mucho más morena que ella, con ciertos rasgos fisonómicos de mulata, que estuvo de

guardia á la puerta de la caseta mientras la joven se desnudó, mientras se bañó y mientras se volvió á vestir, y en compañía de la cual se retiró cuando hubo concluído todas estas operaciones, remontando la loma por el sendero que conduce á la carretera, y dejándome con grandísima curiosidad de saber quién fuese.

No tardé mucho en verla satisfecha, por lo menos en parte.

En cuanto entré en el comedor á la hora de costumbre, la hija del coronel y la del propietario, Margarita y Rosa, que estaban ya sentadas á la mesa y que tenían aproximadamente la misma curiosidad que yo, me acribillaron á preguntas.

—¿Ha visto usted á la bañista nueva?—decía la tímida y adorable rubita.

—¿Pues no la había de ver?—replicaba la de Rioseco.—¡Si no la ha quitado ojo!... ¡Si desde que puso los pies en la playa hasta que desapareció por el alto de la loma no dejó de mirarla!...

—¿La conoce usted?...

—¿Le ha gustado á usted?...

—¿Ha venido algún otro día?...

—¿Sabe usted de dónde es?...

—¿Qué edad la echa usted?...

Y así, por este estilo, continuaban interrumpiéndose la una á la otra y sin darme tiempo para contestar. Cuando le tuve,

las respondí que no la conocía, ni sabía de dónde era, ni la había visto nunca hasta entonces; y como todos los demás fueron diciendo lo mismo, una de las criadas que nos servían á la mesa se compadeció de nosotros y nos dijo que la señorita de quien hablábamos era una mejicana muy rica que había venido con su padre y con el aya aquella á conocer España, y estaba pasando una temporada en Trascumbres, donde decían si tenía parientes.

Trascumbres, que dista poco más de media legua de la playa, era hasta hace poco un poblacho mal situado en un casparal, donde cada casa estaba por su lado, sin forma de calles ni cosa parecida; mas de algunos años para acá, con el dinero venido de América, se está transformando en una población elegante y hermosa, con unos edificios tan suntuosos y de tan buen gusto, que para sí los quisieran algunas capitales de provincia. Hasta han hecho una conducción de aguas potables desde la sierra, que es una obra de primer orden.

Volviendo á la mejicana, pues también ella volvió á bañarse al día siguiente, y al otro, y al de más allá, te diré que el primer día me despertó la curiosidad, el segundo la ví ya con admiración, el tercero ya casi no sé lo que despertó en mí... yo creo que al tercer día estaba ya enamorado.

Mis lindas comensalas, que no eran desgraciadas ni mucho menos, sino bastante hermosas, cada una por su estilo, como se fijaban mucho en ella y en mí, no tardaron en conocer que la miraba yo con demasiada atención, y dieron en embromarme. De modo que casi no se hablaba de otra cosa en la mesa. Por un lado ó por otro, al principio ó al medio ó al fin de la comida, pero casi siempre al principio, salía la conversación de la americana, de quien la amable camarera seguía suministrándonos noticias poco á poco.

Por ella supimos que la americana se llamaba Amparo Cortina; que su madre, que era también de allá, había muerto siendo ella muy pequeña; que su padre era de un lugarucho de Peña-Montera, de familia que no tenía más que el día y la noche, y habiéndose marchado de chiquitín á Méjico á buscar fortuna, había logrado hacerla tan grande, que parecía cosa de sueño.

—No se sabe lo que tiene—añadía con fervor la muchacha:—dehesas llenas de ganado que no se las alcanza á ver el fin; lagunas tan grandes casi como el mar, con olas y todo, cubiertas de patos y de otras aves acuáticas; bosques de maderas preciosas que valen miles y miles, y además muchísimo dinero en los bancos rentando de día y de noche: de manera que esa señorita,

que es hija única, tiene de renta para el día de mañana que falte su padre, una onza de oro cada hora que dé el reloj.

Echó el coronel de Estado Mayor rápidamente la cuenta de memoria, tomando por base la pintoresca afirmación de la criada, y dijo:

—Vamos, de modo que ese hombre tiene un capital de unos tres millones y medio de duros... setenta millones de reales... Sí, eso es: dieciséis duros de renta por hora, trescientos ochenta y cuatro por día, once mil quinientos veinte al mes, ciento treinta y ocho mil doscientos cuarenta al año; y multiplicando este número por veinticinco, en el supuesto de que esa renta se produzca al cuatro por ciento, da un capital de tres millones y medio de duros aproximadamente... Bonito capital y bonita renta... Verdad es que también la niña es bonita, ¿eh, pollo?—dijo dirigiéndose á mí.—Pero aunque no lo fuera tanto... Un capitalito y una rentita así, mejoran mucho la presencia y hermosean considerablemente el semblante de la poseedora...

Tenía razón el coronel... Ya ves que yo, romántico impenitente, no soy sospechoso en este particular; pero, como suelen decir, á nadie le amarga un dulce. Así es que con aquellas noticias iba creciendo mi afición á la mejicana; porque si sólo por su

hermosura me gustaba ya tanto y la creía tan digna de ser amada y de que se hiciera por ella cualquier sacrificio, el que además de ser muy hermosa fuera muy rica, me parecía miel sobre hojuelas...

Dicen que las madres tienen el don de leer en el corazón de los hijos y adivinarles los pensamientos, y debe de ser verdad, porque sin haber hablado yo una palabra en el asunto ni mostrado interés ni atención, sino que, por el contrario, procuraba hacerme el indiferente y el desentendido, conoció sin duda mi madre que me estaba interesando y preocupando aquello, por cuanto, á pesar de su discreta moderación en el hablar, tomó allí parte en la conversación, dejando caer con naturalidad estas palabras:

—Pues no quisiera ofender á esa señorita ni á su padre, pero casi es imposible que un capital tan enorme, adquirido en tan poco tiempo, sea del todo limpio: ningún río crece sin enturbiarse...

Sonaban muy á prisa los timbres anunciando el comienzo del tercer acto; desfilaban, muy á prisa también, hacia sus asientos los que habían pasado el entreacto discutiendo acaloradamente las bellezas y los defectos de la ópera, y nos levantamos tam-

bién Alvaro y yo, dirigiéndonos hacia las butacas.

—De esto no hay que perder una nota—dijo Alvaro:—hasta luego.

—Hasta luego,—repetí.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

IV

UNA ROMERÍA Y VÍSPERAS DE OTRA

Volviéronse á formar los mismos grupos de comentaristas en el vestíbulo luego que terminó el acto tercero; y como también éste había sido lánguido y deslabazado igual que el anterior, la nota pesimista se acentuaba de tal manera, que había quien daba ya por del todo fracasada la ópera.

—Esto es una debilidad senil del maestro—se oía en un corrillo,—y como tal hay que tomarla. No comprende el pobre que los años no pasan en balde... Le engaña el corazón. Conserva la idea de la belleza artística; pero al darla forma, al llevarla á la ejecución, le faltan las fuerzas y resulta lo que era de esperar, un desastre...

—Más le valía haberse muerto—añadía otro del grupo—antes de haber dado esta nota de decadencia...

—Morir, no se muere uno cuando quiere, sino cuando Dios le llama—replicaba el

33935